

La Vida Religiosa en inserción y las CEB

Hna. Socorro Martínez, RSCJ

Resumen

El artículo enfatiza el llamado a la Vida Religiosa a insertarse en la realidad del mundo de los pobres. Muchas/os religiosas/os lo hicieron y acompañaron el proceso, entonces naciente, de las Comunidades Eclesiales de Base, hasta hoy, con mayor madurez y nuevos desafíos. Ahí, en medio de la pobreza y de una Iglesia que surge por la fuerza del Espíritu, los religiosos y religiosas van aprendiendo a ser pueblo de Dios, a unir más la fe y la vida, a comprometerse en la transformación de los pueblos de América Latina y El Caribe.

O artigo enfatiza o chamado à Vida Religiosa a inserir-se na realidade do mundo dos pobres. Muitas/os religiosas/os o fizeram e acompanharam o processo, neste momento nascente, das Comunidades Eclesiais de Base, até hoje, com maior maturidade e novos desafios. Ai, no meio da pobreza e de uma Igreja que surge pela força do Espírito, os religiosos e religiosas vão aprendendo a ser povo de Deus, a unir mais a fé e a vida, a comprometer-se na transformação dos povos da América Latina e do Caribe.

1. DEL CENTRO A LA PERIFERIA

En las décadas de los años 70 y 80 pasadas se vivió un movimiento significativo de radicalidad evangélica en el que la Vida Religiosa, especialmente la femenina, escuchó el clamor de los pobres y por ello abandonó los grandes conventos y obras de diversa índole, para ir a “insertarse” en las zonas marginales de las ciudades, (favelas, barriadas, villas miseria, ciudades jóvenes) y en las zonas rurales, muchas de ellas de la más alta marginalidad, lugares en donde están radicados y transcurre la vida de la gran mayoría de los pueblos latinoamericanos.

La inserción y la opción por los pobres fueron impulsadas y vividas dentro de la gran corriente innovadora del Vaticano II y los movimientos de liberación de América Latina; la opción por lo pobres fue y sigue siendo signo de contradicción, debate, marginación y persecución y de dolorosas rupturas al interior de las mismas Congregaciones, en la Iglesia y más allá de éstas.

La inserción permitió descubrir de manera novedosa la perla preciosa del Evangelio, escondida en la marginalidad, lugar en que el Señor Jesús se encarnó y se reveló de manera privilegiada a los pobres de su tiempo (pastores, viudas, niños, pescadores, mujeres, leprosos, enfermos, marginados) y son el motivo de su alegría (Lc 10, 21). Ahí podemos saborear hondamente la esperanza y los valores evangélicos

del mundo de los pobres: la no acumulación, el compartir desde su pobreza con un desprendimiento total, como el de la viuda que entregó generosamente sus únicas monedas (Lc 21,2); su sentido de fiesta, su reconocimiento del Dios Mayor, su pertenencia comunitaria, su respeto por la naturaleza, el disfrutar de las cosas sencillas, su alegría espontánea sin que ésta emane o dependa de cosas externas, la dignidad que no se vende ni se mancilla, su aguante y fortaleza ante los golpes de la vida, la dureza de su trabajo y situación, el agradecimiento a Dios por lo recibido, la filosofía que se esconde en sus frases, su estilo de vida, la sabiduría y tradición transmitida de una generación a otra, su forma de incorporar a los niños y niñas a la cultura, en fin, un caudal de riqueza que nos remite constantemente al Evangelio y a una espiritualidad con veneros ancestrales.

2. LLAMADOS Y LLAMADAS A PERMANECER EN LA MARGINALIDAD

El choque de la inserción es también muy fuerte, desgasta; para muchas y muchos, es imposible de vivir y sobre todo de permanecer en ella. El mundo de la pobreza da en la cara, duele, acusa la inequidad, la injusticia, el no rotundo al proyecto de Dios para sus hijos e hijas. A las congregaciones nos enfrenta a la seguridad que tenemos, y a los privilegios inmerecidos; nos remite a preguntarnos y/o a evadirnos de lo que hacemos con las dracmas recibidas. Hace patente nuestra fragilidad y en muchas ocasiones evidencia nuestra poca pasión por el Reino. La tentación de tener éxito, poder, ronda permanentemente.

La inserción hace evidente la pequeñez de los intentos por romper las estructuras injustas, por mitigar los efectos de las políticas, hoy neoliberales, que pegan y lastiman a los más pobres, que los hunden más.

La Vida Religiosa, como agente de cambio, se desespera y frustra ante los vicios que degradan a los pobres, la caída en aquello que les roba su identidad, su cultura, su propia dignidad. Se siente la impotencia ante los esquemas mentales que no se rompen y se siguen reproduciendo en detrimento de su misma vida. Lastima la migración forzada, el silencio doloroso de las familias, comunidades y pueblos, ante el éxodo de los hombres, los jóvenes, y, hoy en día, de mujeres y niños/as; la ruptura irremediable del tejido social se pone de manifiesto. Indigna el arrebato de la naturaleza por grandes consorcios, la política hacia el campo, el abuso ante el desconocimiento de leyes, prerrogativas y derechos.

Permanecer, a pesar de todo, en medio de los pobres, es un don de Dios que misericordiosamente nos unge con una coraza de fortaleza y un corazón sensible, a semejanza de los pequeños que día a día enfrentan la dureza de la vida, sin perder la esperanza.

En la inserción corre la vida testimonial de muchos hermanos y hermanas religiosos/as que entregan la vida en pequeñas y grandes empresas, codo a codo con los empobrecidos, excluidos, marginados. Sin aspavientos, en escucha atenta a la voz del Espíritu, en coherencia con su opción y proyecto, sin titubeos de fondo. Miles de mártires y de testigos vivientes riegan el suelo fe-

cundo de América Latina.

Los grandes ideales, las utopías, sostienen y confortan, ayudan a permanecer, una permanencia activa que impulsa a dar persistentes pasos. Para los cristianos/as es el Reino, inspirados en el seguimiento de Jesús y el proyecto del Padre; para otros y otras no creyentes, son otros ideales los que los animan. Estamos profundamente unidos en el deseo, esfuerzo y lucha por ese “otro mundo posible”, frase acuñada en los Foros Sociales Mundiales.

3. INSERCIÓN EN LA PARROQUIA

Una de las opciones para la Vida Religiosa en las décadas de los 70 y 80 fue insertarse en una parroquia. Parecía una opción casi natural, ir hacia los pobres pero desde un lugar de referencia religiosa. En muchos casos, con el firme deseo de participar, de conocer, de acompañar, de apoyar el caminar de las Comunidades Eclesiales de Base; ¡una nueva manera de vivir la Iglesia emergía con fuerza!, ¡las CEB reinventaban la Iglesia! El impulso de las conferencias generales de Medellín y Puebla era vigoroso. Las CEB crecían, se multiplicaban, daban frutos, surgían nuevos y fecundos ministerios. La iglesia se hizo cercana, más allá de los servicios de culto entre los desheredados de la tierra. Los laicos y laicas se formaban y tenían un papel protagónico en las celebraciones, en las luchas sociales, en las necesidades del barrio y de las zonas rurales. Miles de hombres y mujeres, especialmente estas últimas, rompían infinidad de cadenas y se adentraron en el camino de la liberación. Desde animarse a dar su palabra, a dejar las

tareas interminables de la casa, a desarrollar sus potencialidades dormidas y a prestar diversidad de servicios en la salud, en derechos humanos, en la catequesis, en la celebración semanal, en ir a anunciar la buena noticia a otros más alejados, en las luchas del barrio, en las organizaciones populares.

4. LA VIDA RELIGIOSA INSERTA EN LAS CEB

En la CEB los y las religiosas aprenden, no sin dificultades, a ser pueblo de Dios y a ocupar el rol que favorece el crecimiento de la comunidad, dejando que los laicos y laicas ejerzan el protagonismo que les corresponde.

Los religiosos/as supieron acercarse, escuchar, sorprenderse, ante una iglesia naciente que alentaba a la gente sencilla a expresar su palabra, al principio balbuciente y después firme y sonora. Ahí, en el seno de las comunidades, se puso en manos del pueblo la Palabra de Dios, se nutrieron las relaciones fraternas, el compromiso con el contexto después de un análisis crítico. La fuerza del Jesús histórico impulsó a la Vida Religiosa inserta y contagió a sectores de la población con mucho gozo y también reticencia, porque percibían la hondura del compromiso. Y así juntos, en comunidad, emprendieron un sin fin de acciones que fortalecieron su dignidad y trajeron alivio en variedad de circunstancias; los pobres luchan todo el tiempo, a veces ganan y no pocas ocasiones pierden; y mientras otros se cansan, las Comunidades Eclesiales de Base, fortalecidas por la mística que las impulsa, perseveran. En solidaridad con ellos y por la justicia, la Vida Religiosa también permanece.

Esta iglesia replanteó los roles y funciones de la Vida Religiosa. Hombres y mujeres que fueron viviendo y viven un proceso de conversión, se sitúan de manera diferente, no como el que sabe, sino como el que comparte y aprende, intercambia. Hay notables ejemplos de religiosos/as que supieron y saben estar, disfrutaban la manera sencilla como el pueblo pobre los incluye, el intercambio de saberes, que unos han adquirido en estudios académicos, y otros en la lucha por la vida. La gente sencilla aprendió también a caminar en comunidad con la Vida Religiosa que la acompaña, integrándolos en sus casas, compartiendo alegrías y esperanzas, dolores y angustias. Muchos religiosos aprendimos a ver el mundo desde la óptica de los pobres, a unirnos a movimientos y organizaciones que reivindican una vida digna y una sociedad justa. Aprendimos a celebrar la vida en la liturgia, llena de símbolos y de narraciones, a pedir perdón y a ser perdonados en comunidad.

5. EL APOORTE DE LA VIDA RELIGIOSA FEMENINA

El papel de la Vida Religiosa femenina en el acompañamiento de esta Iglesia sencilla, bonita, samaritana, solidaria, toda ella ministerial fue fundamental. Las religiosas aprendimos e implementamos múltiples servicios. Como los discípulos, fundamos muchas comunidades, y al estilo de San Pablo, las acompañamos en su crecimiento, sobre todo al inicio, hasta que surgían los propios animadores/as de la comunidad. Acompañamos el proceso de fe de las comunidades, apoyando infinidad de talleres de estudio para conocer

y aplicar la Palabra de Dios; también como ministras del campo político, los movimientos sociales, las luchas por servicios, por los derechos humanos; en la implementación de una pedagogía adecuada a los procesos populares y en la elaboración de incontables temas junto con los animadores/as; en la concientización y develamiento de las causas de la realidad injusta.

Sobran testimonios de mujeres religiosas que forjaron junto con el pueblo esta forma de ser Iglesia, en medio de alegrías y sufrimientos.

Vivimos años fecundos en los que palpamos que la perla preciosa de las Comunidades Eclesiales de Base estaba en el espíritu que las habita y en el otro mundo que ellas van posibilitando. Años en los que se recogen los procesos de las comunidades en diversos países, se reconoce el papel de los laicos y laicas, que alegre y valientemente anuncian el Evangelio a través de la Palabra y de la vida. Esto nos invita a permanecer, nos contagia, nos confronta con Vida Religiosa inserta y nos hace seguir juntos, en comunidad.

6. DIFICULTADES EN LA INSERCIÓN

Una lectura de la Biblia que une la fe y la vida, que manifiesta una nueva relación con Dios y con lo sagrado, la participación en instancias socio políticas, la concepción de una Iglesia toda ella ministerial con un protagonismo real de los laicos y laicas causó zozobra en el ámbito eclesial y civil.

La gozosa inserción en la parroquia se encontró en muchos casos con obstáculos

los, entre ellos: concepciones eclesiales diferentes entre la Vida Religiosa y muchos párrocos, y también con equipos de religiosos; la presencia cercana y dedicada de las religiosas hizo que el pueblo de Dios las acogiera, las quisiera, encontraran su lugar y el sacerdote sentía que su rol disminuía; una pedagogía y metodología pensada en el desarrollo del pueblo pobre que genera un proceso educativo en el que las personas y las comunidades se vuelven críticas, más autónomas, con decisiones propias, rompe con el papel establecido para los laicos y laicas, y aunque deseado, a la hora de verlo en la realidad, causa inseguridad, porque se está acostumbrado/a a la dependencia, no a una relación adulta. Muchas religiosas/os tuvieron que superar sus esquemas mentales, de poner en práctica lo que decían, de dejar de creer que ellos eran los que tenían la razón, los que sabían, los que tenían que conducir los procesos, un abajamiento necesario pero arduo. En no pocas situaciones y procesos, la Vida Religiosa se vio rebasada por el compromiso de los laicos y laicas. El choque entre el equipo pastoral, el autoritarismo y clericalismo de muchos presbíteros, los cambios de sacerdotes que apoyaban el trabajo, llevaron a situaciones dolorosas y especialmente las religiosas se vieron obligadas, a abandonar procesos, amigos y amigas, comunidades para evitar ahondar las diferencias y aun divisiones en comunidades, barrios y pueblos.

En las CEB surgían ministerios y servicios como fruto del proceso que fortalecían la iglesia en su primer nivel y dinamizaban la parroquia toda. Sin embargo, sobre todo aquellos relacionados

con el ámbito político-social, causaban zozobra. Cuántos laicos y laicas fueron fieles a lo que la Palabra de Dios les exigía con tanta claridad y los llevaba por caminos inéditos, desde luchas por los servicios básicos, participación en movimientos populares de diversa índole, en sindicatos, en organizaciones sociales, en militancia partidista y un porcentaje pequeño, particularmente en los países de Centroamérica, en la lucha armada. Las autoridades civiles se inquietaron, alertaron, reprimieron. Causaban recelo los encuentros masivos, el que las CEB crecieran y el acompañamiento perseverante de la Vida Religiosa.

De ninguna manera podemos negar que como en todo proceso, en la inserción también hubo y seguirá siempre habiendo limitaciones y errores, pero se “etiquetó” y se receló de la Vida Religiosa inserta y de las CEB, sin distinguir matices, y cerrando los ojos a los evidentes frutos con sabor de Evangelio, a los procesos de maduración en la fe, a una espiritualidad honda que caló la vida toda, al profundo deseo del pueblo pobre por una vida digna. Obispos, religiosas/os, laicos y laicas vivieron y viven dolorosas situaciones que también acrisolaron su fe y compromiso, muchos en el acontecer cotidiano y otras hasta el martirio. Son páginas de la historia de la Iglesia de extraordinaria calidad humana y evangélica. Cala hondo el escuchar los relatos de tanta Vida Religiosa y CEB atropellada en la misma Iglesia, cala más cuando el golpe viene de la propia casa. Alienta y estimula cuando la jerarquía, especialmente los obispos, siguen viendo el proceso con ojos de pastores que nunca abandonan a las ovejas que tienen bajo su respon-

sabilidad y de ello hay también notables ejemplos.

A semejanza del Señor Jesús, lo contracultural, el anunciar y vivir de manera diferente, el unir la fe y la vida, el buscar la justicia al lado de los pobres, primero causa admiración, después un cierto recelo; se empiezan a cuestionar las prácticas liberadoras, se ponen en tela de juicio, se busca que todo se lleve a cabo dentro del orden establecido, que éste, aunque sea injusto, no sea cuestionado, ni se le pretenda transformar. Pero, una vez que el mensaje del Señor ha tocado hondo en el corazón, solo se puede seguir adelante, tratando de ser fiel a su Evangelio y escuchando el zumbido permanente de los atropellos a los que se somete a los que el Señor prefirió.

7. LOS CAMINOS DE LA VIDA RELIGIOSA INSERTA HOY

Es evidente que para la Vida Religiosa inserta un aire invernal sopla desde hace años en la Iglesia y en nuestros pueblos. Es incuestionable que en América Latina y El Caribe la brecha entre los que tienen mucho y los que tienen casi nada sigue siendo una herida abierta. Pero el aire invernal no acaba con la vida, está ahí latente, luchando sin cesar. La Vida Religiosa inserta continúa y las CEB también, con una vitalidad diferente, con la experiencia adquirida, firmes en afrontar nuevos desafíos, según va dictando la compleja agenda de la realidad y permanentemente iluminadas por la Palabra de Dios. Nuevos retoños surgen al interior de las Comunidades Eclesiales de Base como en la Vida Religiosa que las acompaña. Hay

una interesante y vital presencia de religiosas/os jóvenes, aunque sea minoritaria, que encuentran en las CEB un aire fresco, un espíritu que contagia y caminan junto con ellas, a pesar de la falta de apoyo y conocimiento en muchas diócesis, seminarios y en las congregaciones religiosas. Vocaciones que crecieron en el seno de las CEB y otras que al conocerlas encuentran una expresión eclesial que las revitaliza.

¡Seguimos haciendo camino juntos! Las CEB presentes en el Continente, se buscan, se apoyan, intercambian y se articulan y así la experiencia de 22 países nos enriquece, nos posibilita el análisis conjunto, el alimento de la fe y la proyección de acciones y estrategias.

8. OTROS SENDEROS

Una parte de la Vida Religiosa inserta que acompañó a las CEB ha buscado otros senderos, en escucha a nuevos desafíos de la realidad. Sin embargo se sigue alimentando de la espiritualidad que las anima y de las celebraciones que unen la fe y la vida; ejerce su servicio en espacios pobres y a favor de los pobres; continúa creyendo que lo comunitario es imprescindible para el mundo de hoy y sigue en la lucha por la justicia que haga posible esa otra América Latina y el Caribe, de acuerdo al proyecto de Dios para sus hijos e hijas.

La vida entre las CEB es de mucho aprendizaje y favorece tanto a la Vida Religiosa inserta como a laicos y laicas a abrir camino en ministerios y servicios, que en muchos casos por variados factores, hoy tienen una autonomía propia:

- ❖ Muchas de las religiosas encontraron campo fecundo en la salud alternativa, buscando, como Jesús, que el pueblo pobre tenga acceso a una vida libre de enfermedades. A lo largo y ancho de América Latina y el Caribe, la Vida Religiosa inserta capacita a muchos miembros de las CEB y a otros más, quienes a su vez, capacitan a otros. Una significativa y generosa labor de prevención se realiza por los promotores/as de salud en sus pueblos y barrios. Hay redes de salud alternativa por muchos de nuestros países.
- ❖ Religiosos/as que están de lleno trabajando en el campo de los derechos humanos, en su sentido más amplio, y tanto religiosos/as como laicos y laicas se forman y contribuyen a buscar la justicia. Existen cientos de comités en nuestros países que con un sentido comunitario velan por la vida del pueblo pobre. Se tiene relación y vínculo con organizaciones nacionales e internacionales y se participa en variados foros.
- ❖ Otros/as se adentraron en el necesario campo de la economía solidaria, un campo vasto que se ha ido especializando: experiencias de trabajo en común, redes de comercio justo en busca de mejores precios para los productos del campo y la toma de conciencia de un consumo responsable.
- ❖ Otros/as en la tan necesaria defensa del medio ambiente, trabajando codo a codo con las poblaciones que han recuperado sus bosques, sus tierras, en la siembras libres de

químicos; en el medio urbano con propuestas concretas contra la privatización del agua, el reciclado de materiales y un sinfín de acciones que pueden ser llevadas a cabo por todos y todas.

- ❖ Religiosas que optaron por el trabajo con mujeres, desarrollando sus potencialidades, atendiendo a sus necesidades, formando grupos para comercializar lo que sus hábiles manos producen.
- ❖ El fenómeno migratorio, sobre todo de los países de Centroamérica y México, principalmente hacia Estados Unidos, está siendo un llamado a religiosos/as que van respondiendo de diferentes maneras.

Y así podemos seguir enumerando muchos ámbitos de acción: el de la ciudadanía y democratización de nuestros países, el de la juventud y niñez, el de la educación formal en escuelas populares, en la pastoral urbana, en los movimientos populares de cada país, y en muchos otros.

9. CONCLUSIONES

La Vida Religiosa inserta y las CEB son fermento y sal por el espíritu que las habita y el mundo que ellas posibilitan.

La gran mayoría de los pueblos latinoamericanos y caribeños siguen empobrecidos, marginados, excluidos y por ello la Vida Religiosa sigue estando llamada a insertarse a la manera de Jesús, que ejerció su misión desde los pobres y llamó a todos a la conversión y al Reino.

“Yo dejaré en medio de ti a un pueblo humilde y pobre, y en el nombre de Yahvéh se cobijará el Resto de Israel” (Sofonías 3, 12).

“El Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor se consumará su perfección. Esta es la esperanza que nos alienta a los cristianos. Sabemos que todo esfuerzo por mejorar una sociedad, sobre todo cuando está tan metida esa injusticia y el pecado, es un esfuerzo que Dios bendice, que Dios quiere, que Dios nos exige” (Mons. Oscar A. Romero, 24 de marzo de 1980).

